



compañía de suizos recién llegada y un cuerpo de paisanos á impedirles el paso. Duró largo rato la refriega, acudiendo á ella Calvo con un refuerzo, que, si no pudo obligar á retroceder al enemigo, contribuyó á que no pasase muy adelante.

Entre tanto, los vecinos del arrabal, adonde quería el sitiador pasar á establecerse, levantaron presurosamente tres baterías. A su amparo salieron á batirse en campo abierto repetidas veces con sus contrarios, á quienes en más de una ocasión rechazaron, distinguiéndose en todas el famoso tío Jorge, que los cunducia.

Ellos, empero, no pudieron evitar que fuesen taladas é incendiadas las feraces campiñas del Norte, el puente del Gallego, que comunica con Cataluña, y los molinos batineros de aquella parte que abastecían la ciudad. Aumentáronse con esto las angustias de la población, pues habiéndose talado por atender á la defensa los campos de la parte meridional, por donde habían sido hasta entonces los ataques, empezó luego á sentirse la escasez de pan y á temerse los horrores del hambre.

Juntóse á estas desgracias la pérdida de los molinos de pólvora de Villafeliche, situados á doce leguas, de donde se proveían los defensores desde la voladura del Seminario. El barón de Versages había podido contrarestar solamente la primera expedición enviada al objeto. Urgente fué atender dentro de Zaragoza á la fabricación de tan indispensable combustible, hasta entonces desatendida, y gracias á los conocimientos y al celo del oficial de artillería ya citado, Lopez, en breve se acopiaron los materiales necesarios y quedaron montados algunos molinos movidos por caballos, é instruidos suficiente número de operarios.

Atendióse á todo con gran orden y docilidad, siendo vanos cuantos ensayos hicieron los sitiadores para sorprender á los defensores del recinto. El día 17 entre otros, los que se habían apoderado de Capuchinos salieron cautelosa y silenciosamente á las nueve de la noche con ánimo de ponerse bajo el fuego de la batería de la puerta del Carmen. Dejaronlos acercarse, y cuando más ufanos se disponían á escalar,

una descarga á quemarropa les hizo conocer dolorosamente que, aunque sin los hábitos militares, no se habían rendido los paisanos, como creyeron á las fatigas de la guerra.

A su vez, éstos ejecutaron varias salidas de sumo arrojo, ya contra el convento de Capuchinos, ya sobre el campamento, poniéndolo en grande alarma con la mira, que tampoco lograron, de impedir la construcción del camino cubierto en que se ocupaban por aquella parte los contrarios. Una vez tuvieron la audacia de llegar hasta el monte Torrero, mientras otros, cayendo de improviso sobre los atrincheramientos del ejército acampado, introducían en él la confusión y recogían trofeos bastantes para que fuesen recibidos en triunfo en la ciudad. La ocupación de la torre del Arzobispo al otro lado del Ebro fué también ocasión de choques gloriosos para nuestros paisanos, pues vieron huir más de una vez delante de sí á los vencedores de Jena y Austerlitz.

Llegó en estos y otros episodios semejantes el 31 de Julio, en que quedaron terminadas las obras del enemigo. Un nuevo ingeniero había hecho conocer al general en jefe lo des acertado de los ataques por la parte occidental que flanqueaba la Aljafería, y un camino cubierto se había construido desde el convento de San José por la orilla derecha del Huerva hasta la Bernardona. Siete eran las baterías que iba á combatir el nuevo fuerte de ataque con sesenta cañones, estando alguna á ciento cincuenta varas de la ciudad y no pasando de cuatrocientas la más distante: puede, pues, suponerse cuán mortífero y destructor sería un fuego concentrado en tan breve espacio, á tan corta distancia y contra unas débiles tapias.

El mismo día 31 empezó de nuevo el bombardeo como una preparación del ataque general que se verificó el 3 de Agosto. Despertó por la madrugada á los zaragozanos aquel día un espantoso estruendo de morteros, obuses y cañones. El fuego del infierno parecía salir de las entrañas de la tierra para elevarse y caer de nuevo sobre la heroica ciudad: en solo tres horas anunció el vigía de la Torre Nueva setecientos disparos. Así en pocas horas quedó sembrada de ruinas la pequeña área sobre que



arrojaron los proyectiles, limitada por las puertas del Carmen y Santa Engracia hasta la calle del Coso. Desplomáronse unas casas, otras fueron destrozada, bambolearon muchas, y Zaragoza entera se estremecía en su asiento, prolongándose el retemblo por algunas leguas á la redonda.

Era esta la preparación de la embestida que tuvo lugar al día siguiente. Apenas amaneció, rompieron nuevamente el fuego todas las baterías con igual ó mayor intensidad. Para distraer la atención, dispararon contra la Aljafería y la puerta del Portillo; pero el punto donde concentraron su mayor energía fué el monasterio de Santa Engracia, contra el cual maniobraban exclusiva é incesantemente veintiseis piezas, no teniendo foso alguno que lo resguardase ni más defensa que algunos cañones en los pisos. A las cinco horas todas las baterías de los zaragozanos estaban arrasadas; la de Santa Engracia había envuelto en sus ruinas á casi todos los defensores, y eran practicables dos grandes brechas, una por la huerta de este monasterio, y otra por la inmediata de Campo Real. Los franceses atravesaron entonces el Huerva y se precipitaron por ellas y por las huertas contiguas á internarse en la población. Vano sería nuestro empeño en describir con su horrible verdad el cuadro que allí se ofreció: reiteradas acometidas y rechazos, luchas personales, rasgos de osadía y de valor desesperado. Cada paso que adelantaban los franceses costábase copiosa sangre, y en cuanto conquistaban no adquirían sino escombros y cadáveres. Apoderáronse al fin de Santa Engracia, y hay un pequeño descanso, que Verdier aprovecha para proponer la capitulación, creyendo que dentro del recinto nada temible le queda ya que combatir. «Cuartel general de Santa Engracia, escribe á Palafox: Paz y capitulación;» á cuya invitación contesta éste con igual laconismo: «Cuartel general de Zaragoza: Guerra y cuchillo.»

Perdido el monasterio, los defensores que sobreviven, con los de la puerta del Carmen, Torre del Pino y otros corren á la calle del Coso á fin de cerrar al invasor el paso. Mucho le costó, en efecto, el penetrar solamente en ella; porque una batería levantada precipitadamente

enfilando la calle de Santa Engracia, por donde quisieron desembocar los franceses, hizo en ellos tal estrago, auxiliada por el fuego de las casas, que hubieron de renunciar á conquistarla de frente. Dirigiéronse por otras calles á coger los extremos de la del Coso, y así es como lograron al fin pisar en ella y apoderarse de la terrible batería. Contribuyó también á que la abandonasen Lazan, Calvo y los que la defendían, el incendio de un repuesto de pólvora que cerca tenían, ocasionando con su explosión grande consternación y daños.

Al verles llegar allí, las familias de los barrios ocupados, que se habían internado al centro de la ciudad, quisieron huir al arrabal del otro lado del río, y se apiñaron en la plaza de la Seo pugnando por atravesar el puente. El terror se propaga, y algunos logran pasarlo, dando principio á una fuga, que hubiera quizá terminado fatalmente si el valeroso arranque de un joven oficial no hubiese contenido á los demás. Don Luciano de Tornos, conociendo todo el peligro del momento, se abalanza á una mecha encendida y hace volver contra la muchedumbre los cañones del puente y de la batería de San Lázaro, donde se hallaba. Con la amenaza y las exhortaciones de los sacerdotes, no sólo desistieron de su intento, sino que muchos, sobreponiéndose á la sorpresa de que se habían dejado dominar, vuelven ardorosamente al lugar del combate.

Era entonces lo más recio en la estrecha calle del Arco de Cineja, por donde equivocadamente se habían metido los franceses, queriendo tomar la de San Gil para ocupar el puente que comunica con el arrabal y cortar la ciudad por el medio, á fin de batir en detall á los defensores. Estos, arrojados del Coso, seguían disputando por palmas el terreno; y al ver á sus contrarios entrarse por aquella estrecha y tortuosa calle, los arremeten con furia, mientras desde las casas otros les hacen un horroroso fuego, obligándoles á cejar hasta el mismo Coso. Allí vienen á parar también las dos columnas que Verdier había dirigido á los dos extremos de la ciudad, arrolladas por el valiente capitán de ingenieros Simonó y el heroico cura de Sos. Entonces se presenta con seiscientos



hombres de refresco el imperturbable Calvo de Rozas y el brigadier Fornes, quienes, al verse desalojados de la batería del Coso, habían ido á buscar gente al arrabal: su embestida decidió la derrota de los franceses, que por su fortuna aún tenían el convento de San Francisco y el hospital general donde guarecerse.

La noche puso término á esta horrible pelea de gigantes en que brillaron á porfía los hechos de valor y abnegación. Hombres hubo que, llegando en su avance contra el enemigo hasta sus mismos cañones, se abrazaron á ellos para cambiarles la dirección y disputaron su posesión á brazo partido. Un anciano se vió también, el sexagenario Cerezo, labrador de la parroquia de San Pablo, que después de haber demostrado inesperada inteligencia como gobernador del castillo en su defensa los días anteriores, en aquél, avanzando sólo á usanza antigua, armado extrañamente de espada y rodela, anduvo retando y batiéndose con los enemigos allí donde era mayor su número, ó más mortífero el fuego. ¿Pero qué mucho que así se batesen los hombres y tales prodigios hiciesen los ancianos, si las mujeres en aquella gloriosa jornada daban muchas veces ejemplo del denuedo y el desprecio de la vida? Entre ellas preciso es nombrar á otra mujer del pueblo, que se hizo memorable al par de la Agustina, llamada Casta Alvarez, y la condesa de Bureta, que al ver invadida la ciudad y que los franceses debían pasar por su casa, levantó dos barricadas en su frente y las defendió con singular bravura.

Así fué como perdió Verdier en aquel día dos mil hombres, saliendo él mismo herido, sin haber conseguido al terminar la refriega otra cosa que quedar acampado frente á un enemigo audaz, orgulloso de su victoria y familiarizado ya con los más terribles recursos de la guerra. Peor que acampado, podemos decir, porque de sitiador había venido á quedar sitiado.

Dueño solamente de una acera del Coso, lo eran de la otra los zaragozanos, sirviendo de mojon de ambos campamentos la cruz levantada en medio de aquella ancha calle. Ocioso es decir que al día siguiente se renovó el tiroteo

por toda la línea exterior del terreno ocupado por los franceses, apenas hubo luz para hacer más certera la puntería y sin necesidad de que diese ningun jefe la orden de romper el fuego. De casa á casa, de balcon á balcon, se trabaron combates personales, y hasta los tejados fueron teatro de la sangrienta lucha.

Tal era el ansia que había de pelear, que nadie pensó en recoger los muertos que yacían tendidos en las calles, hasta que llegó á concebirse el temor de que pudiera desarrollarse una epidemia. Singular y digno de mención fué la manera de evitarlo: cogieron los zaragozanos á varios de sus prisioneros, y atándoles al extremo de una cuerda los mandaban á retirar los cadáveres de sus compatriotas, teniéndoles seguros por el otro extremo desde alguna boca calle; los franceses siguieron su ejemplo; y unos y otros, en el fuego que se cruzaban, respetaban á los que cumplían ese deber piadoso con los muertos.

El día 6 recibieron los franceses de oficio la noticia de la derrota de Bailén con la orden de retirarse á Navarra; y ya se ocupaba Lefebvre, por la herida de Verdier, en los medios de ejecutar el levantamiento del sitio, cuando llegó contraórden de Vitoria para que aguardase nuevas instrucciones de Madrid. Continuaron, pues, encastillados los franceses sosteniendo el incesante tiroteo sin adelantar un paso.

Palafox, al verlos apoderados de Santa Engracia, receloso de que faltase gente, víveres y recursos suficientes para desalojarlos, había salido la tarde del 4 con sus dos hermanos á recorrer la comarca, haciendo antes prometer á sus paisanos que se sostendrían hasta su próxima vuelta. Preparó, en unión de Calvo, la entrada de un convoy y de refuerzos, y se volvió á Zaragoza, burlando á Lefebvre el empeño en impedirselo.

Creyéndose entonces con medios suficientes para sostener un largo sitio, congregó un consejo de guerra, del cual salió la magnánima resolución de ir disputando la posesión de la ciudad calle por calle, y cuando de todas hubiesen sido desalojados pasar el puente, fortificarse en el arrabal y perecer allí antes que rendirse: resolución heroica que el valor hasta



entonces desplegado nos hace creer que hubiera tenido una horrible y sublime realización.

No llegaron por dicha las cosas á tal extremo, antes concluyeron en gloria de quienes tanto habían hecho por merecerla. El 11 supieron los generales franceses la salida de José de Madrid y el 13 recibieron la orden definitiva de levantar el sitio, que apresuraron á ejecutar por las noticias que tenían de la aproximación de una división valenciana de cinco mil hombres al mando del mariscal de campo Saint-Marc. No tan aprisa lo hicieron que la vanguardia de éste no llegase á tiempo de acometerles sin esperar siquiera la orden de sus jefes, precipitando con su impaciencia la retirada.

Al evacuar la ciudad voló Lefebvre los restos del monasterio de Santa Engracia, obra de los reyes Católicos, de la cual no se salvaron sino la torre y el precioso pórtico de mármol. Lo mismo hizo por la noche en monte Torrero, donde concentró sus tropas, con los almacenes y demas edificios; y antes de emprender la marcha en la mañana del 14, clavó y echó al canal más de setenta cañones. Fué tras él la división valenciana hasta los límites de Navarra, donde hizo alto á fin de cubrir por aquella parte el país y evitar que se corriese el enemigo á Cataluña.

En los primeros momentos, entregados al júbilo los zaragozanos, no repararon el estado en que quedaban sus viviendas, triste ciertamente: unas completamente arruinadas, destrozadas otras, algunas humeando todavía, y desplomándose en muchísimas los tejados maltratados por las bombas, viéndose en casi todas sellado el heroísmo de la defensa con las balas clavadas en sus paredes. Tampoco repararon su pérdida, que se elevó á dos mil hombres. La de los franceses fué, según unos, de tres mil, y de cinco mil según otros.

«La defensa de Zaragoza, dice un ilustre general francés, Mr. Foy, que tan grande ejemplo dió á España, resonará en la serie de los siglos. Verdad es que los habitantes no fueron acometidos sino por un puñado de valientes, y verdad es también que no llegó á formarse un sitio regular; pero, hallándose aquellos hombres sin defensa, era preciso todo su valor para com-

pensar la superioridad de tropas aguerridas cosa casi imposible en campaña, porque el número en tales casos ha cedido siempre á la disciplina. La fuerza de los españoles comenzó en la ciudad, y se acrecentó á proporción que el sitiador seguía progresando. Las brechas de Zaragoza han enseñado á sostener asaltos. Los sitios de España han sido siempre heroicos. Y no se diga que, habiendo al fin de sucumbir más tarde, la conservación de la plaza era preferible á su ruina: Leonidas pereció en las Termópilas, y su muerte era ya cierta antes de lanzarse al combate. Zaragoza tendrá la misma gloria: ese fervor religioso que abraza á la vez el presente y el porvenir, la cuna y la tumba; ese fervor que se hace aún más santo cuando combate al extranjero y á los opresores de la patria, allí... en Zaragoza brotó. Esa sublime indiferencia á las cosas de la vida y de la muerte, incapaz de inquietarse por nada sino por obedecer al impulso de una noble y sublime pasión, allí se hizo á todos patente. ¡Allí, en aquella ciudad, la naturaleza moral supo, en fin, triunfar de la física!» De este juicio sólo es preciso rectificar dos ideas: doce mil hombres son algo más que un puñado, y son mucho más cuando, á su experiencia de la guerra y á su justo orgullo, no opuso Zaragoza más que quinientos soldados de diversos cuerpos y algunos millares de labriegos sin instrucción militar, sólo habituados, como dice Toreno, al áspero y penoso manejo de la azada y la podadera. Ciertamente los ataques de Lefebvre no fueron bien dirigidos á la parte occidental; pero también es imposible hacer más ni con más acierto y valor que lo que Verdier acometió por el Mediodía. La audacia, el valor, la serenidad, la firmeza, la subordinación del buen sentido y la abnegación, estas fueron las prendas que hicieron á los aragoneses superiores á sus contrarios, dichosamente manejadas por Palafox, alma ardorosa y fría á la vez, imperturbable y firme, que sabía ser prudente y temerario según las ocasiones, y que conocía por instinto la magnanimidad del pueblo aragonés.

El entusiasmo y el denuedo personal triunfaban también en Cataluña, al mismo tiempo que en Aragon, de la superioridad en la disci-



plina, la práctica de la guerra y los planes de los franceses.

Todo el principado hervía en somatenes, que acometían las más atrevidas empresas. Los del Ampurdan, propuestos á recuperar el castillo de Figueras, lo cercaron estrechamente, y no desistieron porque los bloqueados, en número de cuatrocientos, en venganza de la privación de víveres, disparasen inhumanamente bombas sobre la inofensiva población que está á sus piés, causando considerables destrozos. Hubieran pagado duramente su crueldad á no haber sido pronto socorrido por un ayudante de Napoleon, el general Reille, enviado por él con ese objeto (5 de Julio) con fuerzas recogidas apresuradamente en Perpiñan.

Intentó en seguida apoderarse de Rosas; pero el paisanaje y la corta guarnición que había ni siquiera quisieron escuchar la intimación. Rechazaron la primera columna, y noticioso Reille, de que á su espalda venía el patriota D. Juan Clarós, hijo del país, valeroso y de prestigio, con una muchedumbre de somatenes, desistió precipitadamente de su intento.

Entretanto Duhesme se había preparado para vengar el ultraje que recibiera en Gerona, y partió segunda vez contra ella el 10 con un cuerpo de seis mil hombres, veintidos piezas de artillería, escalas y los demas pertrechos necesarios para su formal asedio, ordenando además á Reille que ocurriese al mismo punto con sus tropas. Tanta era su confianza y en tan menudado concepto tenía la plaza, que, segun se cuenta, decía arrogante, á imitación del conquistador romano: «El 24 llego, el 25 ataco, el 26 la tomo y el 27 la arraso.» Presentóse la fortuna desde los principios contraria. Casi todo el camino fué inquietado por los somatenes de Milans y los hermanos Besós, auxiliados por los fuegos de una fragata inglesa y cuatro buques catalanes, é hizo en vano una tentativa sobre la marcha para apoderarse de Hostalrich. Llegó al fin delante de Gerona, y se le incorporó Reille, formando sus fuerzas reunidas un total de unos doce mil hombres; pero había perdido gran parte de su artillería en los encuentros con Milans, y aunque llegó el 24, ya no pudo atacar el 25, sino esperar el envío de

nuevos pertrechos de Figueras, que retrasaron su ataque hasta el 13 de Agosto.

Había dentro de la plaza dos mil hombres de tropa, y el vecindario entero armado y lleno de entusiasmo. Inútil fué que para aterrarla rompiese Duhesme el fuego en la noche del 12 al 13 con baterías incendiarias; que por la mañana hubiese desmontado en gran parte la artillería del castillo y abierto un principio de brecha, y que en los dos días siguientes desplegase todo su ardor para conseguir la rendición de éste, que por su posición hubiera producido luego la entrega ó la ruina de la plaza. Los defensores, en vez de aterrarse, se encendían de coraje al ver arder sus casas, y cuanto más grave se presentaba el peligro y más inminente el asalto, con mayor osadía se ostentaban á la vista del enemigo. A su pesar conoció éste otra vez la insuficiencia de sus medios para domar aquel ardimiento general de soldados y paisanos, y resolvió levantar el sitio y retirarse en la noche del 16. Antes, empero, de que ésta llegase á protegerle con sus sombras, salió de la plaza la guarnición contra el campamento sitiador, arrolló uno de sus batallones y puso fuego á dos de sus baterías. Al mismo tiempo apareció en varias direcciones un socorro que iba á los gerundenses, con lo cual se precipitó la retirada de los sitiadores. Reille tomó el camino de Francia perseguido por Clarós y Bajet: Duhesme, abandonando al principio su artillería, presa por falta de caballería, y despues el resto porque embarazaba su marcha, tomó el camino de Barcelona por la montaña, aunque más áspero é intrincado, no atreviéndose á volver por la marina, temeroso de los buques ingleses y catalanes, ni á ir por Hostalrich. Así terminó la segunda expedición contra la brava Gerona, á quien reservaba la guerra más alta gloria; y así, por tanto, la situación de los franceses á fin de Agosto, era la misma absolutamente que á principios de Mayo; Barcelona y Figueras como presidios en medio de un territorio enemigo, más bien que como plazas de dominio.

Debíase esto, primeramente al ardor inquieto é indomable de los catalanes, y por otra parte al celo y la decisión de la junta general de los



corregimientos que se congregó en Lérida. Su principal empeño fué organizar una fuerza de cuarenta mil hombres, dando concierto y unidad al tumultuoso levantamiento de los somatenes, tan ocasionado á desgracias y trastornos si se abandonaba al albedrío individual, como de grandísimo provecho si se sujetaba á cierta armonía y disciplina. La organización adoptada fué la de los migueletes, nombre que traía á la memoria de los catalanes las hazañas del compañero de César Borja, Miguelot de Prats.

Ayudó poderosamente los esfuerzos de la junta un auxilio de tropas de las Baleares, aunque reducido en número. No eran más que cuatro mil seiscientos hombres á las órdenes del marqués de Palacio; pero siendo los primeros soldados que en el principado se veían oficial ó solemnemente adheridos á la causa de la patria, su entrada en Tarragona el día 23 de Julio causó grande entusiasmo y confianza. La junta se trasladó inmediatamente á aquel punto, nombró su presidente al marqués y capitán general del distrito, y se declaró suprema autoridad soberana de Cataluña el 6 de Agosto.

El primer cuidado de Palacio fué reforzar con mil seiscientos hombres á las órdenes del conde de Caldagues, francés adicto á la causa española, el cordon de somatenes que bajo el mando del coronel Bajet cubría la orilla del Llobregat, teniendo sitiados en aquella parte á los franceses de Barcelona.

Su situación no podía ser más crítica. Lecchi estaba sólo guardando la plaza en ausencia de Duhesme con cuatro mil hombres, cuya deserción temía por ser casi todos italianos. Los encerró en Monjuich, la Ciudadela y Atarazanas á precaución; pero le era forzoso salir diariamente para aventar á los atrevidos somatenes que llegaban hasta las puertas de la capital y evitar una sublevación en ésta. No podía tomar el camino de la marina sin exponerse al fuego de las dos fragatas inglesas que tenían bloqueado el puerto; no podía alejarse de Barcelona sin exponerse á perderla; no podía estar en ella sin correr el riesgo de quedar sin soldados. Rodeado de enemigos y contrariedades, estaba atortolado, llenándole de espanto el sólo nombre de los terribles somatenes.

Acabó de azorarlo la interrupción de su comunicación con Duhesme por la toma del único punto que se la mantenía, el castillo de Montgat, que fué recobrado el 3 por el patriota Barceló auxiliado por lord Cochrane, comandante de una de las fragatas inglesas.

Franqueado el paso, Palacio mandó á Caldagues en auxilio de Gerona con alguna tropa y la gente de Bajet, Milans, Clarós y otros caudillos menos notables, que son los que aparecieron á la vista de Gerona cuando Duhesme se vió acometido por su guarnición obligándole á precipitar la retirada.